

# EL JUEGO DE LA DESCONFIANZA O LA ACCESIBILIDAD COMO LÍMITE: UNA AUTOETNOGRAFÍA DEL INGRESO AL CAMPO

Claudia Isabel Ortiz

Centro de Estudios Avanzados - Escuela de Ciencias de la Información de la UNC

[claudiaisabel.ortiz@gmail.com](mailto:claudiaisabel.ortiz@gmail.com)

## Resumen

En la presente comunicación se desarrolla un análisis de algunos aspectos de la dimensión simbólica implicada en la formación de culturas laborales de trabajadores de nacionalidad boliviana en la producción artesanal de ladrillos en la Región Metropolitana de Córdoba en el período 2000-2013. Fundamentalmente, se presenta una reflexión teórica y metodológica que surge del desarrollo de una autoetnografía que focaliza los dilemas que emergen en la etapa de ingreso al campo y configuración del vínculo con los distintos actores.

En términos generales, este abordaje toma en cuenta los aspectos experienciales de los trabajadores que ponen en marcha estos emprendimientos productivos caracterizados como un tipo de *actividad informal*. En especial se analizan los distintos momentos por los cuales atravesó la construcción del vínculo con algunas de estas familias. Este proceso estuvo signado por el respeto a las temporalidades de la vida cotidiana y a las reglas que habilitaron el diálogo. El dispositivo analizado se ha denominado como “juego de la desconfianza”.

A partir del análisis de la construcción de esta autoetnografía se pretende contribuir con la interpretación de fenómenos socioculturales de carácter complejo desde la perspectiva de los propios actores. Los propios dilemas y los criterios que resolvieron una forma de acceder al trabajo de campo permitieron visibilizar las características que asumió la relación dialéctica entre sujeto e investigador.

**Palabras claves:** autoetnografía-acceso al campo-juego de la desconfianza

## **Introducción**

¿Qué es un cortadero de ladrillos? Tal vez, en una primera instancia, este interrogante se presenta demasiado simple. Algunos de mis primeros lectores del proyecto presentado al doctorado que cursaba<sup>1</sup>, desestimaban la relevancia de poner en foco la dinámica de las relaciones laborales en estos espacios. Fue desalentador recibir ciertas observaciones pero persistí en una búsqueda (o mejor dicho, en varias búsquedas) que, en un primer momento, no tenía muy bien definida. ¿Qué motivó mi aproximación al tema o qué intuía a través de su posible abordaje?

Podría afirmar que se vincularon aspectos relacionados con mis intereses en torno al tema de las migraciones de países limítrofes en Argentina que, desde principios del año 2000 había iniciado y que culminaron con mi trabajo de tesis de maestría en el año 2005 sobre el análisis de los procesos identitarios en una de las organizaciones de la comunidad boliviana en Córdoba: El Centro de Residentes Bolivianos. En el transcurso de esos años, fue vital el espacio de discusión e investigación que se conformó en torno a la institucionalización del Programa Migraciones, Multiculturalismo y Desigualdad en América Latina del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba en el año 2004. En particular, la perspectiva crítica con la cual analizamos y debatimos distintas aristas del “fenómeno migratorio” contemporáneo, a través del encuentro con la lectura de Abdelmalek Sayad o Sandro Mezzadra, entre otros otros.

De todos los aspectos que están implicados en esta temática, el vínculo entre migración y trabajo fue la que me interpeló con más fuerza a partir del análisis de las distintas orientaciones que asume una relación que lo enmarca: migraciones y Estado, a nivel regional.

---

<sup>1</sup>Este trabajo forma parte del proyecto de tesis doctoral denominado *Culturas laborales: prácticas y relaciones de poder en los cortaderos de ladrillos. Un estudio de caso de migrantes bolivianos en el mercado de trabajo de Córdoba a partir del año 2000*, dirigido por Roberto Benencia. IDES-Universidad Nacional General Sarmiento.

Fundamentalmente, porque existe una cierta “naturalización” a cerca del modo en cómo esta relación se plantea. Al respecto, sólo señalo dos aspectos (no los únicos) que contribuyen con esta operación: 1) las migraciones (y los migrantes) quedan subsumidas la dimensión económica de la vida social. En este sentido, se ha reducido a los migrantes casi a una única existencia posible como fuerza de trabajo en desplazamiento. Así, los procesos migratorios son despojados de su carácter complejo (en tanto construcción histórica como también, desafío teórico); 2) por ende, se pierde de vista que las migraciones están imbricadas en determinadas condiciones de acumulación y expansión del capitalismo (liberalización, precarización y transnacionalización de la fuerza de trabajo) (Marquez Covarrubias, 2006) o como indica Mezzadra (2012) “(...) *los regímenes migratorios proporcionan un ángulo por el cual se reconstruyen complejas formas de sujeción de la mano de obra al capital.*” (Mezzadra, 2012: p.164)

De acuerdo a esta perspectiva, asumí el análisis de ciertos espacios laborales en los cuales existe un predominio de fuerza de trabajo migrante. En particular, algunos de ellos fueron visibilizados por la construcción discursiva (tanto por la prensa como por organismos estatales) como ámbitos de *trabajo esclavo*. Muy rápidamente esta asociación entre los migrantes y trabajo esclavo se convirtió en un eje común para profundizar las medidas de supervisión, control y clausura de aquellos ámbitos laborales que mostraban algún tipo de infracción al marco de la legislación laboral vigente. Sin embargo, a la par que se ampliaban estos operativos nada se dijo o se dice sobre cómo se han constituido estos espacios y cómo resolverían su situación laboral aquellos que quedaron sin una alternativa de empleo.

En ese contexto, inicié mi trabajo de campo en el paraje rural Punta de Agua comprendido en el municipio de la ciudad de Malagueño, Córdoba. Sin embargo, describir las características de este tipo de emprendimientos y su proceso de trabajo no fue una tarea sencilla por varias razones. En esta comunicación daré cuenta de las dificultades percibidas y

vivenciadas en la construcción de mi vínculo con un grupo de trabajadores/as en los cortaderos de ladrillos de la zona.

### **De certezas e incertidumbre**

Cada vez que inicié un trabajo exploratorio para obtener una primera impresión a cerca de los posibles escenarios en los cuales se desarrollaría mi trabajo de campo, siempre fueron situaciones únicas con sus propias dificultades, aciertos y errores. En cada una de las investigaciones realizadas, este era un tópico relevante a considerar y formaba parte del conocimiento que había adquirido a lo largo mi formación como investigadora social. Prefiero referirme a mi propio acervo desde esa definición, por cuanto provengo del campo de la comunicación social. Un terreno jaqueado por la labilidad de los límites disciplinarios, desde su origen. A lo largo de mi ejercicio profesional, aprendí a moverme en terrenos pantanosos, entre debates que tenían propietarios académicos, de férreas tradiciones y mis visiones que se construían en los cruces o las divergencias disciplinarias. En ese recorrido me distancié del mediacentrismo de mi formación y me sumergí en la comprensión la densa trama de la comunicación como fenómeno antropológico.

En este sentido, me reconozco dentro del planteo que realiza el autor latinoamericano Antonio Pasquali (2007[1978]) cuando expresa que *"la comunicación aparece en el instante mismo en que la estructura social comienza a configurarse"* (2007[1978], p.43) En continuidad con esta postura Jesús Galindo (2001) expresa que *"la comunicación no sólo es una necesidad emergente, sino un estilo de vida, una cosmovisión, el corazón de la sociabilidad (...)"* Tal vez, en la definición de cada problema de investigación existía la posibilidad de re encontrarme con la dimensión comunicativa que lo constituía. En síntesis, diría que estos aspectos son el respaldo de mis certezas.

Entonces, ¿por qué estas consideraciones me remiten a la reflexión sobre mi experiencia de

la configuración del vínculo con los trabajadores/as en los cortaderos? ¿qué conocimientos se gestaron en esa trama de relaciones huidizas y paradójicas durante los tres años que tuvimos un contacto estrecho? Ante estos interrogantes recupero lo que expresa Elena Achilli (2000) a modo de orientación: “*El trabajo de campo implica, como sujetos que vamos a` investigar´ el involucrarnos en una experiencia de `extrañamiento´ y `familiarización´ dentro de una dinámica de mutuas tipificaciones, de acercamiento y distancia, de intercambio de conocimientos que nos va modificando como sujetos.*” (Achilli, 2000: p.64)

Precisamente, el conocimiento que resultó de esa transformación personal fue muy importante porque me permitió interpelar mis *propias categorías nativas* y, al fin, construir esa *puesta en común* que me demandaban mis interlocutores a través de sus gestos, sus miradas, sus silencios durante largos meses. Es decir, desde mi posición de mujer, docente e investigadora que provenía de una espacialidad urbana y una temporalidad marcada por la inmediatez de la productividad académica, tuve que dar paso a la posición de mujer, trabajadora, con capacidad de espera, escucha y respetuosa de los silencios. A su vez, tuve que ubicar mi propia práctica de investigación dentro de un espacio-temporalidad de prácticas laborales y domésticas cuasi fijas (Lindón Villoria, 2000) que organizan la cotidianeidad de estas familias. En fin, esa experiencia intersubjetiva que significó la tarea de *extrañamiento* y *familiarización* no fue fácil. Y desde allí comenzó mi derrotero plagado de incertidumbre.

### **Los juegos de la desconfianza**

La mayoría de los cortaderos en la Provincia de Córdoba están ubicados en zonas periurbanas o rurales con escasos servicios de transporte o infraestructura de servicios básicos. Casi en su totalidad son emprendimientos “informales”<sup>2</sup>, de los cuales se carece de

---

<sup>2</sup> Existen varias vertientes de estudios sobre la informalidad en América Latina. Para este caso adopto la hipótesis planteada por Gonzalo Saraví (1994) con respecto a las actividades informales “*como actividades gestadas mayoritariamente, por individuos que cuentan con muy escasos recursos. Constituyen la alternativa que está al alcance de sus manos, y que les permiten subsistir en el medio urbano. Pero, gestadas desde abajo,*

información fiable sobre la cantidad y condiciones de funcionamiento de los mismos. Este era el contexto en el cual pretendía reconocer las prácticas que visibilizan o invisibilizan el mundo de los cortaderos. A su vez, interpretar aquellos valores, orientaciones o representaciones del trabajo que son el anclaje necesario para justificar y legitimar una cosmovisión sobre el trabajo. Intentaba comprender la agencia de estos trabajadores que permitiría confrontar esa construcción discursiva a la cual estaban reducidos, es decir, como una fuerza de trabajo esclavo.

Cuando comencé mi trabajo de campo, aún no había ingresado a ningún cortadero. La aproximación al tema fue a través de la lectura de algunos informes técnicos sobre las problemáticas relacionadas a estos ámbitos. En términos generales, una de las mayores dificultades fue la escasa disponibilidad de información documental y estadística sobre este tema. Por lo tanto, fue necesario ubicar fuentes testimoniales a partir de las cuales ahondar en el conocimiento de este tipo de economía desde la propia perspectiva de sus agentes. En este sentido, tenía dos líneas de trabajo posibles: la primera, con funcionarios del Municipio de Malagueño, pues, no disponía de contactos personales para acercarme a los cortaderos en la zona y la segunda, con autoridades sindicales, si las hubiera.

En el caso de la primera inicié mis contactos con funcionarios del área de la Dirección de Educación y Cultura y la Dirección de Gestión y Desarrollo Social del Municipio de Malagueño en el mes de Setiembre de 2008. A través de ellos, logré realizar los primeros contactos con familias bolivianas que habían arribado a la zona hacia la década de los años cincuenta para trabajar en las canteras. Luego, me presentaron a la trabajadora social que, en algunos días de la semana, realizaba su tarea comunitaria en el Centro de Atención Primaria

---

*con muy pocos recursos, y mayormente por individuos con pocos años de educación y escasa calificación, los ingresos que se obtienen rara vez alcanzan a un mínimo establecido.*

*(...) La pobreza inicial genera un círculo de pobres informales e informales pobres, del cual sólo unos pocos encuentran un punto de fuga.” (Saraví, 1994: p. 95)*

de Salud (CAPS) de Punta de Agua. Por su intermedio tuve contacto con la directora de la Escuela Nicolás Avellaneda, con la Sra. *Amalia* esposa de un ladrillero, ambos oriundos de Bolivia, las empleadas del CAPS y del comedor de la tercera edad que me facilitaron los primeros contactos con vecinos de la zona. A su vez, a fines del año 2008 obtuve una dirección de la delegación en Córdoba de la Unión Obrera de Ladrilleros de la República Argentina (UOLRA). Sin embargo, transcurridas un par de semanas y sin lograr contactarme con esta persona, por intermedio del Sr. Prieto Terán<sup>3</sup> presidente del Centro de Residentes Bolivianos (a quien conocía de un trabajo previo) me concedió una entrevista y facilitó el contacto del interventor del sindicato: el Sr. Leandro Vallejos.

En el lapso de un mes pude concretar las primeras entrevistas que podría identificar como “institucionales”. Cada uno de los entrevistados era el representante de alguna organización estatal, sindical o empresaria. Sin embargo, con las familias que vivían en los cortaderos la temporalidad se extendió. Como lo indiqué en párrafos precedentes, cuando llegué a Punta de Agua el recorrido inicial lo realicé junto a la trabajadora social del Centro de Salud del paraje. En un momento de la charla que sostuvimos me dijo:

*“Aquí...el tema de cortaderos es un tema muy sensible, así que debes tener cuidado con la información y cómo manejas la información (...) [Registro de observación Nro.1. Realizado el 18 de Agosto de 2009]*

Esta “recomendación” fue un aspecto importante aunque, en ese momento, no comprendía su alcance. ¿Por qué debía tener cuidado con el *manejo de la información*? Y más específicamente, ¿Por qué para la entrevistada los cortaderos eran un *tema sensible*?

Cuando volví de esta visita y me encontré con la escritura de mis notas, recordé que los autores S. Taylor y E. Bodgan (1986) consideraban el carácter complejo de la

---

<sup>3</sup> Fue el último contacto con el Sr. Prieto Terán antes de su enfermedad de la cual se agrava y fallece en Febrero de 2010.

situación de ingreso al campo e indicaban sus distintas modalidades teniendo en cuenta el nivel de dificultad que ofrecía su acceso. Por su parte, Achilli (2000) retoma esta clasificación y menciona aquellos escenarios a los que denomina *espacios de tramas sensibles* que se relacionan con las dificultades que se pueden presentar cuando un individuo “externo” ingresa. Los riesgos se ciernen con respecto a “(...) *lo que puede significar la circulación de determinada información.*” (p.65)

Allí, en mis registros estaban las palabras de la profesional que arrojaron luz sobre algunas dimensiones que constituían la conflictividad en torno a la circulación de determinada información:

*“(...) Algunos cortaderos son conocidos por los apellidos de sus dueños que por lo general en la zona son bolivianos pero en realidad... son quienes alquilan los terrenos y le pagan a los verdaderos dueños...por eso los verdaderos dueños nunca los vas a conocer...no quieren aparecer pegados a estas condiciones que ves...¿me entiendes?(...)”*[Registro de observación Nro.1. Realizado el 18 de Agosto de 2009]

La información que apreciaba como problemática surgía de los siguientes aspectos: 1) La propiedad de los terrenos; 2) la visibilidad o invisibilidad de “los verdaderos dueños”; 3) las modalidades de “arreglos” para explotar estos emprendimientos; 4) las condiciones en las que se desarrolla el proceso de trabajo y 5) esta situación no es desconocida por los distintos agentes sociales. Este último aspecto fue relevante para comprender la dinámica que se configuró en torno a la construcción al vínculo con las familias de los trabajadores/as. La TS apela a mi propia comprensión para que sostenga “ese estado de las cosas”, es decir, “(...) *estas condiciones que ves (...)*” y resguarde

esa información. Mediante una frase interrogativa cierra el sentido y me construye como cómplice de esa situación: “¿me entiendes?”

Me sentí incómoda frente a dicha interpelación porque implicaba para mí una serie de decisiones de orden ético y moral con la finalidad de acceder, compartir y resguardar esa información medular en la vida comunitaria. Con el transcurrir del tiempo, mi trabajo de campo se definió en torno a tres escenarios que se delimitaron a partir de las *situaciones de interacción*: el Centro de Salud, las calles, las viviendas con cortaderos del paraje. Estos espacios fueron relevantes para construir la información etnográfica a partir de las características intersubjetivas de organizar los encuentros.

Como indiqué anteriormente, la construcción del vínculo con las familias fue el marco necesario para compartir información sobre estos aspectos que aparecían en el abordaje como temas sensibles. Y allí surgieron algunas dificultades. Durante varios meses tuve la sensación que no acontecía nada ni siquiera pude contactar a otras familias, fuera de *Amalia*. En mí estaba la premura de avanzar sobre el trabajo de campo y la redacción de la tesis. ¿Qué resultaba significativo de esa situación? Primero, advertí la abrumadora monotonía de las rutinas de ese hogar. Segundo, aparentemente, en la sucesión de los días iguales, llenos de silencios y de sufrimientos escondidos, no podía distinguir los “acontecimientos” que irrumpían en esa continuidad. Sin embargo, ahí se encontraba el problema de mi interpretación.

Una de las tardes en las que me reuní con Amalia me dijo algo que me sorprendió:

*-“(...) mire le comento algo señorita Claudia... acá la gente no quiere hablar con Ud... sepa entender son gentes temerosa... ¿ha visto?... viene del campo... no les gusta hablar mucho... y son muy desconfiaos... io le hablé y les comenté a algunas señoras que Ud quería hablar con ellas... les dije de las preguntas que hace... primero me dijeron que sí... pero cuando vinieron los hombres se enojaron*

*y les dijeron que `que tenían que andar hablando ellas´ y ahí no quisieron que vaya...” [Entrevista Nro.1 Realizada el día 29 de Diciembre de 2010]*

Las causas de mi sorpresa se debieron a que, hasta ese momento, mi interlocutora había evadido mis pedidos con respecto a la posibilidad de ingreso al ámbito laboral de los cortaderos y a que ella oficiara de un puente para establecer nuevos contactos con familias de la zona. Siempre tenía una sensación de angustia porque nuestros breves diálogos rondaban sobre un mundo recortado en minúsculos detalles: lo que cocinó en la cena, las disputas con sus hijos, la cantidad de ropa que lavaba...y así se repetían nuestros intercambios. Cada vez que intentaba explicarle mi necesidad de contactar y entrevistar a otras personas, sus gestos y silencios eran una forma de escabullirse de ese compromiso que significaba mi demanda. Sin embargo, sin comprender el alcance de mi trabajo, interpretó mi solicitud y buscó darme una respuesta. A sus palabras le continuaron las mías:

*-“(...) pero...Amalia a mi me interesan sus historias de trabajo...no voy a contar a nadie lo que me dicen...”[Entrevista Nro.1 Realizada el día 29 de Diciembre de 2010]*

Con una sonrisa me contesta y me da ciertas indicaciones:

*-“venga, venga...por acá... ¿ud quería conocer el cortadero? Miré acá está...tenga cuidado donde pisa...fíjese bien... no se vaya a caer señorita Claudia (risas)...venga conmigo le voy a mostrar cómo se trabaja...” [Entrevista Nro.1 Realizada el día 29 de Diciembre de 2010]*

Fue importante acceder por intermedio de *Amalia* al espacio de los cortaderos. Este no es un dato menor. Si bien es una actividad predominantemente masculina, fueron las mujeres

quienes abrieron, de manera simbólica, la puerta a ese espacio laboral en el transcurso del trabajo de campo.

Así, la dimensión de la categoría “*el tema de los cortaderos es un tema sensible*”, se volvió significativa para orientar mi interpretación de dos aspectos que conformaban esa dinámica. Por un lado, las regulaciones (de género, clase y nacionalidad) que traman la existencia y funcionamiento de los cortaderos que provienen de las prácticas del trabajar y residir en el mismo espacio. Por otro lado, las modalidades que asumen las interacciones donde el predominio de la comunicación no verbal y el silencio sobre la palabra, me condujo hacia la exégesis de los significados que se anclaban dichas prácticas.

De las palabras de Amalia se trazaban una serie de aspectos importantes: 1) los posibles entrevistados son caracterizados como temerosos y desconfiados por su origen de procedencia: “el campo”. Este estereotipo sobre un espacio y un sujeto rural silencioso y reactivo al diálogo, se actualiza y funciona como un contenido que sirve para definir un límite al acceso. *Amalia* es esposa de un dueño de cortadero y desde esa posición, también, define ciertas jerarquías: a) su relación con otras mujeres b) su rol mediador entre mi posición y la de otras mujeres; 2) emerge una jerarquía estructurada por la relación de género en la dinámica familiar: el uso de la palabra de las mujeres está constreñida a la autorización de sus esposos, su violación posiblemente desencadene situaciones de conflictos familiares.

En ese terreno cobraron sentido estas prácticas limitantes sobre el acceso que denominé como “juegos de la desconfianza” y a través de los cuales, mis distintos interlocutores, pusieron “a prueba” mi propia capacidad de resguardo de la información que me confiaban. ¿Qué representaba mi presencia para mis interlocutores? ¿Por qué debían dejarme atravesar el umbral de sus vidas? ¿Qué podía ofrecerles a cambio? O ¿Cómo podía responder a la siguiente interrogación: “(...) y *Ud ... ¿qué quiere saber de´ osotros?*” En principio debía garantizar sostener el silencio y cultivar con paciencia nuestro vínculo. En este sentido, fue

muy útil revisar los aportes de Erving Goffman (1956) y en particular su metáfora del juego que se encuentra relacionada con la del teatro. A través de ella lo que el autor trata de explicar es el funcionamiento del control de la información en base a los camuflajes, simulaciones y distintas maniobras que son el resultado de los juegos de propios actores.

Del proceso reflexivo de estos aspectos, en un diálogo interno entre sensaciones, emociones y teoría, surgió la posibilidad analítica de identificar las limitaciones y tensiones que emergieron del proceso de acceso al mundo de las vidas de estas familias. Reconocernos jugando estas modalidades que asumían la interacciones, donde la desconfianza era mutua (este fue un aspecto al que me resistí asumir pero la sentía y seguramente, la expresaba), me permitió sumergirme en ese denso mundo de las significaciones que pretendía identificar como relaciones de poder. Este conocimiento dio paso a una revisión de las propias estrategias de investigación que había propuesto cuando redacté mi proyecto. Leí en esas páginas la prioridad que le había asignado al mundo de la palabra por la vía de las entrevistas. Si bien las pude llevar a cabo, no sin antes, privilegiar las conversaciones fortuitas, las preguntas indirectas, la escucha y la atención a las distintas dimensiones de la comunicación no verbal.

¿Cuál fue la importancia de revelarme mis propias dudas, ansiedades y desconciertos frente al desarrollo del trabajo de campo? Los impactos se relacionaron con la necesaria revisión e interpelación a mis categorías teóricas y metodológicas. Sin embargo, esta transformación fue posible a través de lo que significó e implicó, en términos intersubjetivos, la configuración de un terreno común de la experiencia con mis interlocutores. Comprendí que en esa construcción del sentido compartido había una profunda responsabilidad sobre la palabra, en línea con el pensamiento de Mijail Bajthin (1997). Aprendí que mi propia práctica de investigación, también, requería de ciertos juegos de camuflajes o simulacros. Sin embargo, lo más importante es que mis interlocutores, también, lo sabían. Un saber que

proviene de la experiencia. Un saber desde la interacción con otros. Esperaba que confiaran en mí, me hablaran para hacer esa operación dominante de “habilitar la palabra a los sin voz”. En cambio, aprendí a escuchar la palabra y reconocer la multiplicidad de voces que resuenan desde los recónditos lugares de las memorias familiares, de trabajo, de migraciones. Escuchar la palabra femenina y masculina. Escuchar la palabra en el silencio. Y a través de los juegos de la desconfianza que jugamos, mis interlocutores le dieron lugar a mi palabra. Claro está, cuando puede advertir que desde el primer día en el cual llegué, me habían abierto su mundo.

No sé si este es un buen relato autoetnográfico. Aunque esta vía reflexiva, desde mis dudas y sensaciones durante el trabajo de campo, me recuerdan en qué dimensiones puede ayudar un relato autoetnográfico a pensar el modelo del propio análisis. Según la definición de Carolyn Ellis (2009) en una autoetnografía,

*“Yo soy ambos, el autor y el foco de la historia, el que la cuenta y la experimenta, el observador y el observado, el creador y el creado. Soy la persona en la intersección de lo personal y lo cultural, pensando y observando como un etnógrafo y escribiendo y describiendo como un narrador.”* (Ellis: 2009, p.13)

## **Referencias**

- Achilli, E. (2000). *Investigar en Antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Editor.
- Bajtín, M. (1997). *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Barcelona – Puerto Rico: Anthropos.
- Ellis, C. (2009). *Revision: Autoethnographic reflections of life and work*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, Inc.
- Galindo Cáceres, J.(2001). *De la sociedad de información a la comunidad de comunicación. La cibercultura en evolución a través de la vida social de las*

tecnologías de información y comunicación. Recuperado de:

<http://www.geocities.com/arewara/arewara.htm>

- Goffman, E. (2001 [1956]). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.
- Pasquali, A. (1978/2007). *Comprender la comunicación*. Barcelona: Gedisa.
- Saravi, G. (1994). “*Detrás de la basura: cirujas. Notas sobre el sector informal urbano*”. En: Quirós, G. & Saraví, G. (Comps.). *La informalidad económica. Ensayos de Antropología Urbana*, (pp.101-195). Buenos Aires: CEAL.
- Lindón Villoria, A. (2000). *La espacialidad como fuente de las innovaciones de la vida cotidiana*. En: Lindón Villoria, A. (Coord.). *Hacia modos de vida cuasi fijos en el espacio La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. (pp. 187-209). Barcelona: Anthropos.
- Márquez Covarrubias, H. (2006). *Controversias en el desarrollo económico local basado en las remesas de los migrantes*. Análisis Económico, segundo cuatrimestre, XXI (047). Azcapotzalco, Distrito Federal, México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 307-330.
- Mezzadra, S. (2012). *Capitalismo, migraciones y luchas sociales. La mirada de la autonomía*. Nueva Sociedad, No. 237, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.